

RESEÑAS

David Rock, ARGENTINA 1516-1987. DESDE LA COLONIZACIÓN ESPAÑOLA HASTA ALFONSÍN, Buenos Aires, Alianza Editorial, 530 páginas.

Otro libro y otro autor intrigado por las razones del fracaso argentino. La pregunta es interesante pero la respuesta sólo puede ser conjetural; *Argentina 1516-1987* no es un manual más de historia argentina. A diferencia de otros éste está recorrido por una tesis central que el autor hace explícita desde el comienzo. La tesis de Rock no es en principio muy novedosa; la hemos leído antes: la Argentina fue siempre una colonia. Cuando se quiebra el estímulo, la relación con la metrópoli de turno —añade Rock— el país no sólo se revela incapaz de “efectuar una revolución en una dirección independiente autosostenida” sino que se repliega sobre sí mismo en una dura competencia para manipular recursos estáticos o en disminución. Tales son —continúa— los rasgos comunes generales del siglo XVIII, de los comienzos del XIX y fines del XX. A poco que se la examina, la tesis del autor deja de subyugarnos; más allá de las analogías —un poco brutalmente planteadas— es evidente que las diferencias entre los tres momentos indicados son mayores que sus semejanzas. La “Argentina” de Hernandarias en pleno siglo XVII, la del Restaurador de las Leyes y las del general Jorge Rafael Videla se parecen bien poco entre sí. La dominación colonial española no fue idéntica a la influencia británica, de la misma manera que Carlos II el Hechizado no era la reina Victoria. Sin duda, Rock no deja de advertir obvias diferencias, pero insiste en la analogía formal. ¿Hasta qué punto es fecunda una argumentación que acaba descontextualizando tanto la explicación de los problemas argentinos?

El libro de Rock es desigual en su tratamiento de los diferentes períodos de la historia argentina y el propio autor lo reconoce así. La historia contemporánea a partir de 1890, se lleva el grueso de las páginas.

Como era de esperar la obra se abre con un examen del pasado colonial. Desde los primeros asentamientos españoles hasta el ascenso de Buenos Aires entre 1680 y 1810, el análisis de Rock trata de sacar el mejor partido posible de una bibliografía que, cuando el autor escribía este trabajo, seguía dominada por la historiografía tradicional.

Así, de la mano de viejos trabajos como los de Roberto Levillier, Vicente Sierra y Raúl A. Molina el historiador británico intenta reconstruir, con obvias dificultades y lagunas, el desarrollo de la sociedad y la economía colonial rioplatense. Si el intento, a pesar de todo, no se malogra es por la oportuna inclusión de textos de Carlos Assadourian, Tulio Halperin Donghi y Ceferino Garzón Maceda en el relato.

Los capítulos dedicados al tramo 1810-1890 configuran una sobria reconstrucción del proceso abierto con la Revolución de Mayo y cerrado con la formación del Estado nacional. Aquí también predomina la bibliografía tradicio-

nal. Más logrados son los cinco últimos capítulos que se dedican a la Argentina contemporánea, su apogeo, crisis y declive. Al tratar el surgimiento de la UCR y las tres primeras presidencias radicales, Rock se mueve como un pez en el agua, conoce el tema sobradamente bien. El rigor y la calidad de la síntesis decaen en el capítulo destinado a examinar la mal llamada restauración conservadora. El tratamiento del período 1946-1955 tiene la originalidad de proponernos una desperonización de las razones de la decadencia argentina. En conclusión es decididamente provocativa. En resumen, Argentina estaba destinada a la crisis con o sin Perón, aunque éste ahondó la crisis haciendo más difícil su solución. Lamentablemente no podremos saberlo nunca y el razonamiento de Rock no podría tampoco mitigar la pesadumbre de los argentinos que no simpatizaron precisamente con el peronismo.

Las páginas finales del libro están destinadas a evocar el pasado reciente desde la Revolución Libertadora hasta la restauración de la democracia en diciembre de 1983. El autor no es muy optimista acerca del futuro de la experiencia inaugurada con Alfonsín.

Argentina, 1516-1987, tiene aspectos que afean el esfuerzo de David Rock; nos referimos a los múltiples errores fácticos deslizados por el autor y ciertas groseras simplificaciones que el lector no puede dejar de reprochar. Así se equivoca cuando dice que los socialistas declinaron en el grado de influencia en la década del treinta —a comienzos de la década precisamente gozaron de la representación parlamentaria probablemente más grande en la historia del partido—, o cuando asegura que el presidente Ortiz intervino primero la provincia de Buenos Aires y después la de Catamarca, cuando fue exactamente al revés (p. 295). Hay también groseras simplificaciones que habrían podido evitarse, así Rock asegura que en la ciudad colonial los “moradores” eran comúnmente no blancos (p. 45) y los montoneros del siglo XIX son definidos como “bandidos rurales” (ver glosario). En definitiva, y a pesar de sus puntos oscuros, la síntesis ofrecida no es precisamente mala. Más aun cabe destacar la equilibrada integración en el texto de las realidades políticas y económicas, y un uso equilibrado y oportuno de la información estadística.

CARLOS A. MAYO

David Rock, ARGENTINA 1516-1987. DESDE LA COLONIZACIÓN ESPAÑOLA HASTA ALFONSÍN, Buenos Aires, Alianza Editorial, 530 páginas.

Los esfuerzos de los historiadores por comprender aspectos específicos del pasado suelen integrarse con intentos de síntesis que pretenden muchas veces responder de manera más directa a las preguntas del presente. Es tal vez en estas síntesis históricas donde mejor puede apreciarse el sentido de esfuerzos pacientemente acumulados en muchos trabajos monográficos. También, el momento en el que se plasman las preocupaciones más generales que han llevado a un estudioso a ocuparse de un período, un tema o un problema.

Ambos aspectos se encuentran en este libro de David Rock, un historiador británico que ha mostrado desde hace años su interés por el pasado argentino. En él se integran desde los trabajos más clásicos hasta el producto de las investigaciones más recientes, a partir del sólido conocimiento que el autor tiene de la bibliografía y de los problemas que la historia argentina plantea. Pero, son sobre todo las preguntas que sugiere la difícil situación de la Argentina actual las que le han servido de estímulo en su trabajo. No es extraño, entonces, que su principal objetivo haya consistido en intentar desentrañar los orígenes de la prolongada crisis que ha logrado a la vez frustrar las expectativas que sobre el país pudieron en algún momento de su historia alentar los argentinos y desconcertar a aquellos extranjeros que compartieron pronósticos semejantes.

Una de las principales claves que el autor encuentra para explicar la "declinación argentina", y la que sin duda más objeciones puede suscitar, reside en lo que denomina el carácter "colonial" de la sociedad argentina. Esta característica sería resultado de que la principal fuente de dinamismo de la economía local provino de la relación comercial con el exterior, dentro de un esquema de división internacional del trabajo que implicaba la especialización de la Argentina en productos agropecuarios. En los momentos en que debido a cambios en el orden internacional esa relación se ha quebrado, los conflictos internos han tendido a agudizarse. Resultado de la tendencia que ha mostrado cada sector de la sociedad a tratar de conservar las ventajas obtenidas en tiempos más prósperos, en lugar de buscar salidas innovadoras que permitieran un crecimiento sostenido. Ejemplos de estos momentos serían el siglo XVII, los principios del XIX y la segunda mitad del XX. La Argentina actual no habría podido adaptarse a las transformaciones producidas en el mundo por la lenta decadencia de la hegemonía británica y su reemplazo por la de Estados Unidos. Se trataría de un país colonial que ha perdido a su metrópoli y allí estaría la clave de su declinación. Sin embargo, no es necesario buscar aquí la principal riqueza del análisis de Rock. Tampoco se agotan aquí las explicaciones del autor, quien presta especial atención a otros temas. Desde el que constituye un inacabado debate en la historiografía argentina como lo es el rol que desempeñó el primer peronismo en el desencadenamiento de la crisis del país, hasta las características culturales que aproximan a la Argentina al resto de América Latina y la distancian de las experiencias de otros países de reciente colonización.

El libro está organizado en nueve capítulos que analizan la historia argentina desde la colonización española hasta los primeros tiempos del gobierno de Alfonsín. La economía, la sociedad y la política en cada período constituyen el centro de las preocupaciones del autor. Es, justamente, en el entrecruzamiento de estas distintas dimensiones en cada momento donde aparecen los mayores méritos del trabajo.

En este sentido son especialmente significativos los capítulos dedicados al siglo XX. En particular su descripción del período iniciado por la crisis mundial en el que la economía del país se vuelca hacia el mercado interno. Para Rock, los períodos de crecimiento a partir de 1930 se alternaban cada vez con mayor frecuencia con crisis reiteradas debido a las características mismas que

había adoptado ese proceso de relativo crecimiento. Basado en una industrialización tendiente a la producción de bienes de consumo final antes importados, su producción requería de la importación de insumos que provocaba a su vez periódicos estrangulamientos externos en la medida en que las exportaciones agropecuarias tradicionales sufrían el doble efecto del estancamiento de la producción agraria y del aumento de la demanda y el consumo urbano. Los consiguientes ajustes no lograban en el mejor de los casos más que solucionar el problema transitoriamente, sus efectos llevarían a la reiniciación de un nuevo ciclo que terminaría de la misma forma. Este funcionamiento provocó tensiones crecientes entre los distintos grupos urbanos, en especial entre aquellos que se veían favorecidos por las etapas de crecimiento y privados de ventajas supuestamente ya aseguradas en los momentos en que los ajustes tendían a disminuir la actividad económica a fin de lograr un nuevo equilibrio del balance comercial mediante la disminución de las importaciones.

Este funcionamiento de la economía a la vez que inducía a la sociedad hacia conflictos crecientes, hacía evidente la importancia que las consecuencias de las medidas tomadas desde el Estado podían tener para los diferentes grupos sociales. El conflicto político tendía a impulsar aún más la inestabilidad de la economía que de alguna manera también expresaba. Ello no implica ninguna visión mecanicista de los acontecimientos políticos y es en la narración de esos acontecimientos donde la historia contada por Rock recupera su contingencia. En ella se consideran no sólo las posibles alternativas que los principales actores políticos podían encontrar a su acción, sino también las distintas valoraciones que las decisiones tomadas entre las distintas posibilidades abiertas han generado posteriormente entre estudiosos y partidarios retrospectivos de una u otra. Actitud que si bien no excluye la formulación por parte del autor de sus propias conclusiones, le permite presentar una visión balanceada de temas sumamente controvertidos de nuestro pasado a cuyo debate contribuye. Los capítulos sobre el peronismo constituyen en ese sentido una de las mejores síntesis disponibles.

El libro de Rock es de indudable utilidad en la enseñanza universitaria. Más allá de ello, se trata de un trabajo insoslayable para todos aquellos que encuentran en la "declinación argentina" no sólo el estímulo intelectual de un interrogante de difícil respuesta, sino también una situación más difícil de sobrellevar aún en la medida en que no se encuentre una explicación convincente para lo que está lejos de ser un destino prefijado. Tal vez sea preciso abandonar la esperanza de encontrar claves demasiado simples. Pero aún desde esta perspectiva el libro de David Rock contribuye a mostrar las complejidades de una historia que ha generado un presente que muchos quisieran diferente, pero que no es ajeno a las alternativas del pasado.

JUAN CARLOS KOROL

James R. Scobie, *SECONDARY CITIES OF ARGENTINA. THE SOCIAL HISTORY OF CORRIENTES, SALTA AND MENDOZA. 1850-1910*. Completado y editado por Samuel L. Baily, Stanford, Stanford University Press, 1988, 277 páginas.

El libro póstumo de James Scobie —historiador norteamericano muy conocido en el ámbito historiográfico argentino por sus trabajos sobre historia política y socioeconómica de la segunda mitad del siglo XIX— es una obra pionera en varios sentidos. En primer lugar, se refiere a historia urbana de pequeñas ciudades: su objeto de estudio son las ciudades secundarias de Argentina, aquéllas que cuentan con una población de 10 a 40.000 habitantes. En segundo lugar, el libro trata de ciudades secundarias del interior argentino, Corrientes, Salta y Mendoza, todas ellas capitales provinciales. En este sentido no resulta redundante señalar la escasa producción de estudios sobre el interior del país, en particular la referida a temas urbanos. En tercer lugar, el trabajo se plantea como un capítulo de la modernización de Argentina en la segunda mitad del siglo XIX, que tiene como escenario las ciudades secundarias del interior elegidas como objeto de estudio.

La hipótesis principal elaborada por Scobie sostiene que estas ciudades funcionaron como “oasis de modernidad” para sus áreas circundantes, pero que al mismo tiempo contribuyeron al aislamiento de la campaña de las influencias externas. Porque para el autor, el crecimiento y modernización de estas ciudades se dio en función de las influencias externas: población (en particular migración extranjera y sobre todo sudeuropea), tecnología (transportes), capitales e ideas. El monopolio de esas influencias externas por parte de las ciudades secundarias —y sobre todo por sus élites— contribuyó eficazmente al mantenimiento de la continuidad y estabilidad social tanto en las zonas rurales como en las mismas ciudades, donde la movilidad social fue muy difícil y escasa durante el período estudiado (pp. 6-11).

El libro está claramente dividido en dos partes. En la primera Scobie trata por separado la historia de cada una de las tres ciudades entre 1850 y 1910. No sólo hace referencia a su crecimiento urbano en varios aspectos (demográfico, edilicio, social) sino que también destaca la articulación económica con Buenos Aires mediante el desarrollo del sistema de transportes, en particular de los ferrocarriles desde 1870. Mendoza aventaja en esta relación con la Capital a las otras dos ciudades, pues cuenta con la producción vitivinícola que pudo ser colocada con cierta facilidad en el cada vez más demandante mercado porteño. Tanto para Salta como para Corrientes el desarrollo del sistema de transportes significó un debilitamiento de su posición económica en la región en que están situadas. Para Salta el ferrocarril implicó la irrupción del comercio de Buenos Aires en el tradicional sistema mercantil del Norte argentino con Bolivia y Chile, que disminuyó su importancia como mercado concentrador y distribuidor de mercancías en este circuito. Para Corrientes, el desarrollo del transporte fluvial significó su aislamiento como puerto en favor de otros más cercanos a Buenos Aires.

En la segunda parte del libro Scobie presenta una serie de temas que hacen

a la sociedad local. Primero la población y la presencia inmigratoria, capítulos en los cuales remarca su hipótesis de la estrecha relación entre presencia sudamericana y crecimiento económico; luego las relaciones de clase y los patrones de residencia urbana, donde puede apreciarse la rigidez de estas sociedades, que Scobie divide en dos clases: la "gente decente" y la "gente del pueblo", una visión que requeriría más profunda investigación empírica, y su reflejo en el asentamiento urbano —la "gente decente" concentrada en torno a la plaza principal y en los lugares altos y la "gente del pueblo" en la periferia urbana y las zonas bajas. En cuanto al mercado de trabajo se observa en estas ciudades la enorme presencia de jornaleros y empleados (más del 50% durante el período en estudio), la declinación de la población vinculada a la producción artesanal y agrícola y la vinculación de la élite a las actividades mercantiles, profesionales y rentísticas. Finalmente las diversiones: las fiestas populares y los entretenimientos más sofisticados de la élite (teatro, paseos, clubes) que marcan una vez más la rígida división de clases enunciada por el autor.

El principal aporte del libro de Scobie es su preocupación por un estudio documentado de la modernización en el interior argentino, que muestra las luces y sombras de este proceso. En este sentido el autor no oculta su entusiasmo al narrar los logros de la ciudad de Mendoza. En su balance, sólo Mendoza ha adquirido rasgos más acabados de ciudad moderna a comienzos del siglo XX, merced a su crecimiento económico, mayor presencia migratoria y un gran desarrollo urbano. Salta y Corrientes sólo parcialmente pueden ser consideradas ciudades modernas. Las dificultades, demoras y fracasos que enfrentaron muchas empresas modernizadoras, tales como el transporte urbano y la construcción de edificios públicos en ambas ciudades, el drenaje de aguas y saneamiento de Salta, y la construcción de un puerto más adecuado para Corrientes, son algunas de esas sombras que matizan el proceso modernizador.

El libro de Scobie se hubiera beneficiado con una mayor flexibilidad de algunas de sus hipótesis (por ejemplo, la correlación entre la presencia de inmigrantes y el crecimiento económico; la sociedad urbana dividida en dos clases) que habrían permitido la introducción de factores más variados y a la vez locales para explicar el proceso de modernización de las tres ciudades; a la vez que de una perspectiva que ampliara el análisis de la vida social urbana a la visión de la "gente del pueblo". La limitación mayor proviene, en buena medida, de los testimonios en que está basado el trabajo: cédulas censales de 1869 y 1895, periódicos, memorias y relatos de viajeros. Si bien fueron manejados en forma cuidadosa, en particular los tres últimos reflejan el punto de vista de las élites con respecto a los sectores populares. Esta visión, y la poca flexibilidad de algunas hipótesis ya señalada, puede ser matizada con una búsqueda más minuciosa en los archivos locales, que posiblemente depare resultados que enriquezcan la imagen que tenemos de estas sociedades.

El libro de Scobie abre el camino hacia el estudio de la historia de las ciudades del interior argentino, que tal vez sea transitado más frecuentemente a inspiración de este trabajo.

GUSTAVO L. PAZ

Santiago Arcos, CARTA A FRANCISCO BILBAO Y OTROS ESCRITOS, Introducción y selección de textos de Cristián Gazmuri, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1989, 182 páginas.

El chileno Santiago Arcos —amigo de Mitre y de Mansilla, quien le dedicó su *Excursión...*— es una figura escasamente conocida tanto en Chile como en nuestro país, donde vivió diez años. Cristián Gazmuri, que presenta esta selección de sus textos principales, ha realizado una prolija reconstrucción de su vida, que transcurrió en diversos y apasionantes escenarios. Hijo de un español aventurero, especulador y banquero, que luego de amasar una regular fortuna debió huir de la tierra chilena de sus hazañas, Santiago Arcos se crió y pasó su juventud en el París de Luis Felipe. Tocado por la ola del romanticismo, el jacobinismo, el socialismo de entonces y hasta el cristianismo de Lamennais, volvió a Chile en 1847 para protagonizar en el pacato Santiago de entonces un episodio similar al 48 francés. éste se inició con la fundación de la Sociedad de la Igualdad, que aspiraba a movilizar a los artesanos tras un programa radical y democrático. Arcos la abandonó antes de su acción pública más destacada —el motín de Santiago de fines de 1850— pero dejó de esa experiencia uno de los textos más notables del radicalismo hispanoamericano de mediados del siglo pasado: la *Carta* a Francisco Bilbao, su compañero de experiencias en París y Santiago.

Fracasado el movimiento, y luego de un período no breve en prisión, Arcos se trasladó a Buenos Aires donde, gracias a su amistad con los antiguos exiliados argentinos (particularmente Mitre), pudo tener una activa participación en la vida política de entonces, en los clubes liberales, en la masonería y hasta en la batalla de Cepeda. A principios de los sesenta, y convertido en un rico heredero por la muerte de su padre, se trasladó a París, y empezó a transitar por otro apasionante escenario: la corte de Luis Napoleón y de la emperatriz Eugenia, a quien Arcos había tratado en su juventud. Esas relaciones no le impidieron una excursión por España, durante los agitados años que siguieron a la deposición de Isabel II, donde militó con los republicanos y federalistas e incluso intentó hacerse elegir diputado a Cortes. Vuelto a París retomó su vida señorial —era conocido como el conde de Arcos— hasta que, víctima de un horrible cáncer, decidió suicidarse arrojándose desde un puente al Sena. Su muerte, digna de “un poeta sin pan”, como dijo *Le Figaro*, cerraba adecuadamente una vida verdaderamente aventurera.

En su prolija reconstrucción, Gazmuri logra un buen balance entre las circunstancias personales y las ambientales, ideológicas y políticas, ciertamente superior al de la clásica biografía de Gabriel Sanhueza. Adecuadamente, coloca a Arcos en la tradición del liberalismo radical, sin intentar hacer de él un anacrónico socialista. Es particularmente sugerente el análisis de la acción de Arcos en el medio político santiaguino de 1848, y la introducción que hace de las nuevas formas de “sociabilidad política”, del tipo de los clubes. Menos convincente resulta su apreciación de la movilización de los artesanos de Santiago tras la Sociedad de la Igualdad. ésta habría ocurrido, o bien por la crisis

económica o bien por la presencia —que Gazmuri admite hipotética— de artesanos franceses emigrados del 48. Bien podría considerarse que esa primera aparición política se debió, más bien, a la prosperidad que a la miseria (o a dificultades ocasionales en medio de una etapa próspera). La evidencia indica que el artesanado santiaguino estaba en una época de expansión y prosperidad debido al embrutecimiento y refinamiento creciente de los gustos de la élite, y que los artesanos franceses pertenecían al grupo de los empresarios en vías de enriquecerse, antes que al de los democrático-jacobinos.

De los textos presentados, el más notable es la *Carta*, de 1850. Se trata de uno de escasa circulación (presentado aquí en forma integral) y de los más agudos análisis de la sociedad chilena de entonces y de su vida política, escrito desde una perspectiva liberal-democrática. Igual visión informa *La contribución y la recaudación*, también de 1850, donde discute la relación entre liberalismo económico y democracia, intenta compaginar a J. B. Say con Fourier y propone, como principio de democracia económica, la libertad de industria y de comercio y el impuesto único y proporcional. Se incluye la presentación, entusiasta pero crítica, del joven y por entonces radical Bartolomé Mitre. Estos dos textos fueron escritos cuando Arcos iniciaba su exilio definitivo, y tuvieron escasa circulación en Chile. El propio Arcos no fue incorporado a la tradición histórica chilena (hasta que fue rehabilitado por Julio César Jobet y Sanhueza, como un "precursor" del socialismo). Y sin embargo, las huellas del pensamiento del cincuenta, en el que Arcos dejó sin duda una fuerte impronta, reaparecen en las grandes figuras del liberalismo de las décadas siguientes: Federico Errázuriz, Lastarria, Vicuña Mackenna o Domingo Santa María, algunos de los cuales acompañaron en su juventud la experiencia igualitaria.

Los breves y recortados fragmentos de *La Plata. Étude historique* contienen apreciaciones no demasiado interesantes sobre la historia argentina, escritas para consumo del poco conocedor público europeo de entonces. *A los electores de diputados de las futuras Cortes Constituyentes*, escrito en 1868, durante la primavera española postisabelina, muestra a un Arcos que, veinte años después, desempolva las ideas democráticas y federales de su juventud. En conjunto, la breve selección aquí presentada, si no basta para trazar su biografía intelectual, constituye un aliciente para estudiar en detalle una figura singular.

LUIS ALBERTO ROMERO

Diego Armus (comp.), MUNDO URBANO Y CULTURA POPULAR. ESTUDIOS DE HISTORIA SOCIAL ARGENTINA, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1990, 361 páginas.

Una de las vertientes de la historiografía argentina que más novedades y avances ha registrado en los últimos años es, sin duda, la relacionada con la historia social urbana. Esta compilación de artículos constituye precisamente, si no una síntesis a la que no se ha llegado todavía, sí una muestra de algunas de las

orientaciones por las que transcurren actualmente los estudios sobre las ciudades argentinas y sus sociedades.

La renovación aludida puede rastrearse fundamentalmente en dos líneas de trabajo que hoy tienden a confluír y cuya presencia en este libro, expresada en el título mismo, es un reflejo más de una fructífera integración que se viene desarrollando a través de diversas jornadas y reuniones de discusión científica. Una de esas líneas es la que puede denominarse más específicamente "historia urbana", en la que historiadores, arquitectos y sociólogos abocados al estudio de "la ciudad" como objeto han venido avanzando en una dirección en la que el desarrollo físico, espacial o edilicio del mundo urbano no se concibe sino como inescindiblemente unido a los procesos económicos, sociales y culturales que en él tienen lugar. La otra es aquella que, desde distintas vertientes de la historia social, se propone abordar el estudio de los "sectores populares" o del "mundo del trabajo" desde una perspectiva que rescata temáticas y puntos de vista que van más allá del horizonte antes casi exclusivo del "movimiento obrero". En este caso tanto la ampliación de los temas como la incorporación de nuevas perspectivas de análisis fueron confluyendo en un tipo de abordaje del mundo de las clases subalternas en el cual la comprensión acabada de sus características y comportamientos requiere de una combinación de estudios que incluya a la fábrica, la vivienda, el barrio y sus instituciones, la visualización clara de los distintos tipos de trabajadores, y los "mensajes" dirigidos hacia ellos por los distintos actores sociales y políticos. En este marco la "cultura popular" aparece como un nuevo objeto privilegiado que, lejos de concebirse como una esencia inmutable o como mero reflejo de la estructura productiva, resulta de la compleja interacción de todos aquellos elementos que se articulan en el "mundo urbano". Es esta perspectiva integradora la que permite entonces recoger en un terreno común los aportes provenientes de las dos líneas mencionadas así como otros producidos en campos conexos como los de los estudios migratorios o de los fenómenos literarios y culturales en general.

Teniendo en cuenta lo dicho, *Mundo urbano y cultura popular* constituye una útil y atractiva recopilación cuya asumida "dispersión temática" resulta un rasgo inevitable en tanto refleja esos nuevos rumbos que sigue hoy la historia social urbana. Es cierto, en efecto, que la sola mirada al índice no daría sino una imagen de heterogeneidad; sin embargo ella adquiere sentido cuando al leer los trabajos se comprueban las numerosas pautas que ellos aportan para avanzar sobre ese todavía poco explorado segmento de la vida de las ciudades que tiene que ver con los sectores populares y especialmente con su cultura.

En este sentido un primer grupo de artículos se relaciona más directamente con la problemática cultural al abordar algunos de los "mensajes" que reciben los sectores populares de aquéllos que intentan influir sobre sus formas de pensamiento y sobre su conducta política. El artículo de Dora Barrancos nos introduce en un costado muy poco conocido de la prédica anarquista, como es su discurso sobre la sexualidad. La autora, que ha contribuido ya con varios aportes a ampliar la estrecha visión que reducía la propaganda libertaria solamente a cuestiones relacionadas con huelgas o atentados, incluye este tema dentro de la crítica global a lo instituido llevada adelante por los anarquistas y

analiza sus alcances y limitaciones en un contexto en el que, sostiene, son ellos los que hacen circular con mayor asiduidad ese discurso sobre la sexualidad como parte de un "vasto intento de subversión de las costumbres". Este tipo de trabajos, además de su interés para el conocimiento de una determinada corriente política, contribuye a la posibilidad de explorar a partir de él qué repercusión concreta tuvieron éste y otros mensajes entre sus destinatarios. Pero esto, obviamente, presenta las mayores dificultades: ¿cómo observar, por ejemplo, la real influencia de este discurso anarquista sobre las costumbres cotidianas y modos de pensar de los sectores populares y su articulación con otros de sus componentes y determinantes? En este sentido el artículo de Luis Alberto Romero encuentra, en los "libros baratos" ofrecidos por una serie de empresas editoriales en Buenos Aires durante la entreguerra, una forma de aproximación a la "cultura realmente existente" de los sectores populares porteños. En efecto, dichos libros, a través de las preferencias temáticas de los lectores que se infieren de los títulos editados y vendidos, pueden ser considerados como reflejo y a la vez factor constituyente de una determinada cultura popular que se construye en las sociedades barriales en formación durante la etapa en cuestión. Romero observa allí, por ejemplo, ciertos aspectos de una cultura "reformista e integrativa" en la que circulan ideas como las de reforma y justicia social, mejoramiento y ascenso individual, a la vez que ciertos rasgos nacionalistas, y descubre en ello algunos elementos todavía dispersos que contribuirán a una rápida aceptación del mensaje peronista. Esta sugestiva hipótesis, que abre nuevos caminos para el transitado tema de los orígenes del peronismo, se enmarca además en un conjunto de reflexiones más generales que constituyen una propuesta para estudiar la cultura popular como resultado de la confluencia de "mensajes" originados en distintos lugares de la sociedad, transmitidos a través de "mediadores" en diversos ámbitos institucionales y recibidos y reinterpretados por sus destinatarios a partir de su experiencia vivida y de su herencia social. En relación con esto el artículo de Ricardo González sobre la "Corporación Mitre" —una sociedad de fomento en el "Barrio Nazca" de Buenos Aires— constituye uno de los imprescindibles trabajos de base que desde el análisis microsociedad permitirán desarrollar dicha línea de trabajo. Se trata en este caso de un minucioso estudio sobre las actividades desarrolladas por uno de esos "ámbitos" característicos de procesamiento de la cultura popular —el "nuevo fomentismo" propuesto por sus impulsores pretendía explícitamente "forjar la mentalidad del pueblo"— y sobre su inserción en una sociedad barrial en formación. En relación menos directa con la cultura popular, aunque vinculado en tanto análisis de uno de los numerosos "mensajes culturales" que circulan por Buenos Aires en el período de entreguerras, se encuentra el trabajo de Nora Mazziotti sobre la revista *Bambalinas* y la modalidad teatral que ésta reflejaba.

El concepto de "experiencia" constituye otro eje a partir del cual pueden articularse mundo urbano y cultura popular, y con él podemos relacionar otro grupo de artículos que contribuyen, también desde perspectivas innovadoras, a despejar aspectos de las condiciones de vida y trabajo de los sectores populares. De los dos trabajos referidos específicamente al tema de la vivienda, el de

Diego Armus y Jorge E. Hardoy discute el problema habitacional de Rosario entre fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX desde un punto de vista en el que las dimensiones socioculturales del mismo adquieren especial relieve. Los autores relativizan la importancia del conventillo entre los tipos de vivienda de los sectores populares a la vez que comparan algunas de sus consecuencias socioculturales con las de la vivienda unifamiliar y el casapropismo que son según ellos los que tienen un peso creciente y predominante en Rosario. Un tema que Hardoy y Armus dejan explícitamente de lado es el de las "estrategias del poder" con respecto a la vivienda popular: a éstas apunta en cambio el artículo de Anahí Ballent referido a la "Gran Colecta Nacional, de 1919 y a la política de la Iglesia en ese terreno que a través de ella puede reconstruirse. Aquí una nueva mirada proveniente de la arquitectura resulta particularmente iluminadora de los diversos criterios tenidos en cuenta al delinearse las políticas de vivienda, entre las cuales figura en primer plano, precisamente, la intención de influir en determinado sentido sobre la cultura popular.

Los artículos que abordan aspectos del "mundo del trabajo" lo hacen también desde enfoques novedosos. Dos de ellos se aproximan a los sectores menos explorados entre los trabajadores, como son los niños y las mujeres, lo cual contribuye a construir una visión más completa de la historia cotidiana de los sectores populares. Juan Suriano explota con solvencia las pocas fuentes disponibles para estudiar la temática del niño trabajador y ofrece una visión amplia de la misma en la que se incluyen evaluaciones cuantitativas sobre el trabajo infantil y se indaga además acerca de sus motivaciones, características y condiciones; asimismo el autor compara las visiones contemporáneas sobre el tema, especialmente las de anarquistas y socialistas, sugiriendo que fueron los primeros los únicos que abordaron el problema centrándolo en el niño en tanto niño, y no en tanto futuro adulto-trabajador. Las diversas miradas desde las que a principios de siglo se planteaba la cuestión del trabajo femenino son a la vez el aporte más interesante del artículo de María del Carmen Feijóo, quien desde una perspectiva feminista reflexiona críticamente sobre las políticas anarquistas y socialistas al respecto: ellas, sostiene, no defendían a la mujer como sujeto con derecho a un trabajo digno en igualdad de condiciones, sino la necesidad de la sociedad de garantizar su reproducción, subsumiendo así la condición femenina en la condición de madre.

El trabajo de Mirta Lobato sobre los obreros de la industria frigorífica de Berisso entre 1900 y 1930 introduce el aprovechamiento de una fuente muy poco explorada que se revela como sumamente rica, como son los archivos de fábrica. A través de ellos la autora logra construir un completo panorama sobre la vida en la fábrica así como aspectos de la relación de ésta con la comunidad; pero el aporte más interesante reside en las posibilidades que ofrece este acercamiento a la cotidianidad laboral para encontrar nuevas explicaciones a viejas cuestiones como la mayor o menor resistencia de determinados grupos de obreros o el éxito relativo de las distintas corrientes ideológicas entre ellos. Este tipo de trabajo demuestra que ya no alcanza con una vaga definición de la "clase obrera" y de sus condiciones generales de vida y trabajo —muchas veces más asumidas que realmente investigadas— para realizar generalizaciones

acerca de sus adscripciones sindicales y políticas, o sobre su cultura. A la necesaria exploración precisa y minuciosa de las características de los trabajadores en situaciones y períodos acotados apunta precisamente el artículo de Luis Alberto Romero e Hilda Sabato sobre el trabajo calificado en Buenos Aires entre 1854 y 1887; en él se analizan los cambios que en esa etapa se producen en la organización de la producción y sus consecuencias en las condiciones de los distintos tipos de trabajadores, delineando un panorama complejo en el que coexisten todavía elementos viejos y nuevos entre el taller y la fábrica, y en el que se observan las condiciones en que muchos pueden protagonizar su "aventura del ascenso". A partir de datos y reflexiones más generales sobre este tipo de temas en Buenos Aires y Rosario, Ricardo Falcón se propone construir una visión de lo que llama la "cultura del trabajo" entre 1860 y 1914; con esta noción el autor alude a la compleja articulación entre las prácticas cotidianas de los trabajadores de su ámbito de trabajo, sus relaciones entre sí, con los patrones y el Estado, y las representaciones que ellos se forman sobre ese "mundo del trabajo". Se trata de un artículo que aporta definiciones sugerentes que pueden constituirse en hipótesis valiosas para contrastar con los estudios monográficos del tipo de los que se incluyen en este libro. En este caso Falcón propone dos etapas en cuanto a la "actitud hacia el trabajo" en el período citado; la primera, entre 1860 y 1900, es definida como de "autodisciplina del trabajo", opuesta a la tendencia a la "resistencia al trabajo" que caracteriza al período siguiente. Se destaca aquí la visualización de las diversas actitudes y modos de organizaciones de los trabajadores como resultado de las situaciones y condiciones concretas de cada momento y no como "etapas" prefijadas en un inexorable avance hacia las formas netamente obreras y sindicales de comportamiento. En este sentido queda abierta la necesidad de continuar este tipo de reflexiones hacia adelante, enlazando esa tendencia "resistente" de comienzos de siglo con las actitudes más reformistas e integrativas que observa Romero para la entreguerra.

La selección de artículos que componen este libro se completa con un trabajo de Fernando Devoto y Alejandro Fernández en el que se plantean algunas hipótesis para el estudio de la participación política de los grupos migratorios en la Argentina de fines del siglo pasado —españoles e italianos—, a partir de lo que denominan "una perspectiva étnica en los estudios de historia social urbana". Ésta supone en este caso centrar el análisis en primer lugar sobre el grupo étnico en sí mismo, como objeto particularizado cuyas relaciones internas presentan aspectos importantes a ser estudiados como por ejemplo la formación y actuación de grupos dirigentes en el seno de las asociaciones mutuales; la perspectiva en cuestión no implica desconocer la importancia de las relaciones de estos grupos con la sociedad local sino incorporar un enfoque que queda desplazado en los estudios que observan exclusivamente al inmigrante como sujeto en rápida transición hacia su asimilación dentro del conjunto social.

En suma, para una historiografía que requiere de la proliferación de estudios específicos y especialmente de aquéllos contruidos desde problemas y perspectivas renovadas, esta compilación es un buen indicio de que se está

avanzando por ese camino. Es a partir de este tipo de trabajos que podrán comenzar a producirse nuevas síntesis que nos aproximen a una visión más rica y compleja de las sociedades urbanas.

ANÍBAL VIGUERA
CONICET/UNLP

EL REFORMISMO EN CONTRAPUNTO. LOS PROCESOS SOCIALES EN EL RÍO DE LA PLATA (1890-1930), Centro Latinoamericano de Economía Humana, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1989, 260 páginas.

LOS PARTIDOS POLÍTICOS EN EL RÍO DE LA PLATA (1890-1930), Cuadernos del CLAEH núm. 50, *Revista Uruguaya de Ciencias Sociales*, serie II, año 14, Montevideo, 1989, 195 páginas.

Estos dos volúmenes, un libro y un número especial de una revista, contienen la casi totalidad de las ponencias presentadas en las Jornadas rioplatenses de historia comparada: Respuestas reformistas al Estado oligárquico (1890-1930), efectuadas en Montevideo en el año 1989. Si bien se centran, en su mayor proporción, en los procesos históricos transcurridos bajo el radicalismo y el primer batllismo, las ponencias cubren un amplio abanico de temas y problemas.

En el primero de estos volúmenes se incluyen trabajos como el de S. Roitenburd, quien expone las estrategias perfiladas por sectores del nacionalismo católico definidos por una cultura política cuyos rasgos fundamentales son la relativización del valor de la democracia, el autoritarismo y la tendencia a la confrontación en la relación con el adversario; el de Gardenia Vidal referido a la trayectoria de un sector del radicalismo cordobés que, con posterioridad a 1916, se separa del tronco original formando un nuevo partido provincial y formulando una nueva y homogénea plataforma política; el de Orietta Favaro, Marta Morinelli y María Rosa Ragno dedicado a las propuestas implementadas por el radicalismo ante la cuestión petrolera y el de H. Sabato que, centrado en un período anterior (1850-1880), esboza las distintas modalidades de participación de los sectores populares porteños en la política de su ciudad.

Las variaciones que experimentó la política migratoria en Argentina entre 1876 y 1925 son analizadas en otro artículo por F. Devoto, los problemas relativos a la religión y la política educativa a partir de la sanción de la ley 1420 por F. Bustamante; S. Marchese estudia los proyectos que desde 1916 plantean los sectores más lúcidos de la élite para reformular su modelo de dominación y J. Balbis, en un artículo que gira en torno al caso uruguayo, busca delinear las estrategias del Estado ante el conflicto obrero patronal y los cambios que el acceso del batllismo al poder conllevó en dicha estrategia.

Las ponencias de Ana Frega e Yvette Trochon por un lado y de Alcides Beretta Curi y Alicia Morón Jacoel intentan avanzar en una propuesta comparativa de

los casos argentino y uruguayo. En el primer caso se trata de perfilar la concepción en torno al Estado y sus modalidades de intervención, básicamente en la política agraria y en lo relativo al capital extranjero. En el primero de estos aspectos se señala la mayor profundidad y el tono estatista de la propuesta batllista (en contraste con el radicalismo), elementos que se atribuyen al mayor retraso en la implantación del capitalismo en el Uruguay con respecto a la Argentina. En lo que respecta al capital extranjero las conclusiones son similares destacándose el menor peso que se le atribuyó en Argentina al accionar del Estado. El artículo de Morón y Beretta, por su parte, estudia en forma comparativa la evolución de las corporaciones y gremios empresarios argentinos y uruguayos. Explora así las posturas que ambas entidades esbozaron frente a problemas como el de la participación del capital extranjero, el proteccionismo, la cuestión social o la estructura de la propiedad agraria. Destacan, en esta perspectiva, el hecho de que en los planteos iniciales de los industriales uruguayos se cuestionaban las bases del Estado oligárquico y se proyectaba un programa de desarrollo capitalista autónomo. Esto se debería a la existencia de un empresariado que, en principio, conservaría un perfil más nítidamente industrial y diferenciado en relación al resto de los sectores dominantes. En Uruguay los vínculos entre burguesía industrial y otras fracciones del capital serían posteriores a los consolidados en Argentina.

Entre los artículos incluidos en el otro volumen (núm. 50 de los Cuadernos del CLAEH) son sobre todo los de Mario Grossi, Gerardo Caetano y José Rilla y Carlos Zubillaga los que intentan un análisis comparativo. En el primer caso se trata de un estudio de los sistemas de partidos apuntando principalmente a los procesos de apertura del sistema político y las diferentes posiciones en que se ubican el radicalismo y el batllismo ante esta coyuntura. Tema similar es el de la ponencia de Caetano y Rilla centrada en las relaciones entre partidos, Estado y sociedad en ambas márgenes del Plata en tres momentos diferentes: en la segunda mitad del siglo XIX, a partir de 1890 y desde 1930. En esta perspectiva, los autores destacan el mayor peso del Estado y del sistema de partidos en el Uruguay, señalan los diferentes matices que adquiere el proceso de democratización y apertura política en ambos países, subrayan la transformación de los partidos tradicionales en el Uruguay y la emergencia de nuevas formas políticas en Argentina. Finalmente se aboca al estudio de los efectos de la crisis económica y política del treinta en ambos países y afirman entonces que el golpe militar de septiembre del treinta en Argentina implica una ruptura más profunda que la dictadura Terrista en Uruguay. Zubillaga, por su parte, analiza las trayectorias de los grupos demócrata cristianos y de los círculos obreros ligados a sectores católicos a principios de siglo. Señala la mayor continuidad en materia de organización de los grupos uruguayos y sus modos de acción caracterizados por los planteos hostiles a los principios del liberalismo económico, por el priorizar la confrontación ideológica, el debate, así como también la vigencia, como rasgo identificador (en ambos casos), de la confesionalidad y el papel jugado por los grupos más conservadores del catolicismo, principal factor del fracaso de estas organizaciones.

El resto de los artículos también se inscriben globalmente en estas problemáticas. F. Panizza estudia el funcionamiento del imaginario liberal en el dis-

curso político uruguayo. En este contexto destaca el rol desempeñado por el concepto de razón y la racionalidad como ordenador de la sociedad. Ya centrados en el ámbito argentino, A. Prieto y R. Falcón analizan las estrategias del Partido Socialista frente al régimen político a fines del siglo XIX, a la reforma electoral y ante las tentativas de integración del movimiento obrero. También haciendo hincapié en el problema de la reforma electoral, M. Bonaudo y E. Sonzogni revisan los debates y discusiones generados a raíz de la sanción y puesta en vigencia de la ley Sáenz Peña. Trabajan así sobre todo la aparición de nuevas propuestas políticas, programas y sobre las apelaciones al nuevo "mercado" electoral que se configura. M. Temavassio, por su parte, también se aboca a cuestiones vinculadas con la apertura y democratización de la actividad política a partir de 1912. El interés que despierta su artículo radica en que lo hace desde una perspectiva poco estudiada: la de la institución municipal. Insiste entonces en la particularidad que adquiere la discusión de la problemática de la representación en este nivel, visualizado en principio como un ámbito diferente al nacional y al provincial. Por último W. Ansaldi trabaja sobre los cambios producidos a nivel de la sociedad civil y la sociedad política bajo el gobierno radical. Afirma entonces que de 1912 a 1916 se pasa de un régimen político oligárquico a uno democrático "relativamente ampliado". Se ingresa en una etapa signada por la hegemonía pluralista de la burguesía terrateniente, visible sobre todo en los planos económico y cultural. El rasgo decisivo de esta etapa va a estar configurado por el hecho de que esta hegemonía tenderá a expresarse a través de un conjunto de instituciones que operan como mediadores entre la sociedad civil y el Estado. En este contexto se asiste a un debilitamiento de los partidos políticos y al fortalecimiento de la sociedad civil en una dirección corporativa y no democrática. Durante este período, concluye Ansaldi, se harán explícitas todas las tendencias estructurales que impedirán la conformación de un orden social y político democrático.

El interés que concitan estos volúmenes para todo aquel que se preocupa por la evolución histórica rioplatense de fines del siglo pasado y principios de éste es indudable. Quizás una pregunta a plantear aquí sería en qué medida las ponencias avanzan sobre la propuesta inicial de estas jornadas, es decir en el análisis comparativo de los procesos históricos argentino y uruguayo. Tal como se reconoce en el mismo prólogo del libro la mayoría de las ponencias no afrontan decididamente este tipo de enfoque. De todos modos vale destacar la utilidad de este tipo de planteo, prácticamente inexplorado en nuestro país, y la necesidad de que se profundice y extienda a otros países latinoamericanos, particularmente Chile y Brasil. Sin duda su aplicación contribuirá a iluminar recíprocamente las historias particulares y a reconstruir la historia global de América Latina.

PABLO G. BUCHBINDER

Delia Maunás *et al.*, **LOS TALLERES DE HISTORIA POR DENTRO. PLAN NACIONAL DE LECTURA 1987-1989**, Buenos Aires, Secretaría de Cultura de la Nación, 1989.

Salvador Palomo, **HISTORIA DE RINCÓN DE LOS SAUCES** (Provincia de Neuquén), Buenos Aires, Secretaría de Cultura de la Nación, 1989.

Vicente Accorinti *et al.*, **LOS FERROVIARIOS QUE PERDIMOS EL TREN. CHUBUT. PATAGONIA**, Buenos Aires, Secretaría de Cultura de la Nación, 1989.

En Argentina, país con poca tradición en continuidades institucionales, acostumbrado a exorcizar más que a recuperar, estos libros constituyen una grata y auspiciosa excepción.

Se trata de materiales elaborados por el Plan Nacional de Lectura durante los años del gobierno radical, que vieron finalmente la luz a fines de 1989, editados por las nuevas autoridades de la Secretaría de Cultura de la Nación. El Plan Nacional de Lectura fue impulsado durante el gobierno del Dr. Alfonsín por la Dirección Nacional del Libro, dependiente de la Secretaría de Cultura de la Nación que se hallaba a cargo de la historiadora Hebe Clementi. Muy modesto en sus inicios, comprendía diez bibliotecas populares y otras tantas escuelas cercanas a ellas y estaba dirigido fundamentalmente a docentes, bibliotecarios y alumnos de las escuelas primarias de la Capital Federal. Luego, gracias al entusiasmo generado por la propia actividad, el Plan comenzó a multiplicarse y llegó a colegios, bibliotecas o Secretarías de Cultura municipales y provinciales de los rincones más variados y alejados del país. El objetivo inicial fue la difusión y estímulo de la lectura, pero desde principios de 1987 el Plan se amplió para incluir la realización de los talleres de historia.

Precisamente, *Los Talleres de Historia por dentro* es el relato de las experiencias realizadas en diferentes lugares del país. El sentido de la tarea impulsada por los talleres fue la de promover espacios de encuentro con la lectura y por lo tanto con el libro, que fueran a la vez ámbitos de creación y de reflexión acerca de experiencias individuales y compartidas. Los participantes de los talleres de historia, desde Catriel en la provincia de Río Negro hasta el Carmen en Jujuy, pasando por 36 experiencias en otras provincias, compartieron sus historias individuales y abordaron temáticas variadas. Éstas, discutidas desde una perspectiva individual o local, eran de hecho los temas fundamentales de la historia argentina reciente como las experiencias de los inmigrantes, la vida rural y urbana, los problemas regionales.

La propuesta fue trabajar con un grupo de vecinos la realidad local y su pasado, partiendo de sus vivencias, recuerdos y conocimientos. Esto se complementó con otras actividades como la exposición de fotos u objetos, la teatralización de algún episodio en particular, la elaboración de un libro sobre la historia del lugar, etc. Incluso algunas experiencias fueron televisadas como en el caso de la Radio Televisora Neuquina en Rincón de los Sauces. La idea fundamental del trabajo era que tuviera un sentido para la misma comunidad que lo

realizaba. Los otros dos libros, *Historia de Rincón de los Sauces* y *Los ferroviarios que perdimos el tren*, comunican con estilos distintos, materiales que surgieron de esos talleres.

HISTORIA DE RINCÓN DE LOS SAUCES. PROVINCIA DE NEUQUÉN

Salvador Palomo, un poblador de la zona trata de reconstruir en su testimonio los sucesos históricos iniciales de la región y los cambios habidos en ella durante las primeras décadas de este siglo. Es un relato muy pormenorizado en el que aparecen familias e individuos que gravitaron en la vida de la zona y su lucha por el desarrollo de la misma. Hace mención a las actividades económicas y sus dificultades, y al impacto de la producción petrolera a principios de la década de 1960. Recupera aspectos de la vida cotidiana, especialmente de los niños y la instalación de la primera escuela en la zona hasta la fundación del pueblo de Rincón de los Sauces en 1971.

LOS FERROVIARIOS QUE PERDIMOS EL TREN

El libro contiene una introducción de Susana López de Monedero que sintetiza la historia del ferrocarril Central de Chubut, mientras que el grueso del texto lo constituyen los testimonios de once ferroviarios del ramal Puerto Madryn-Las Plumas de la Provincia de Chubut que circuló entre 1889 y 1961. Se agregan artículos periodísticos de diarios antiguos de la localidad y algunas fotografías proporcionadas por los propios integrantes del taller de historia.

Los testimonios ofrecen rica información acerca de la vida de los inmigrantes, galeses la mayoría de ellos, en la región. Algunos son especialmente interesantes pues describen aspectos de la vida cotidiana, incluyendo mujeres y niños, así como de organizaciones sindicales del gremio ferroviario y textil. Todos coinciden en señalar la importancia del ferrocarril Central Chubut para los pueblos del Valle que vivían pendientes del tren y de su llegada a las estaciones transportando todo lo necesario para el pueblo como carne, verdura y correspondencia. Es interesante que este aspecto aparezca priorizado en casi todos los testimonios, aunque como lo señala uno de los testigos, no sólo la vida cotidiana fue asegurada gracias al tren sino fundamentalmente el nexo de la región con el resto del país a través de la exportación de valiosos productos como el trigo, la lana y las manzanas deliciosas. Aparecen testimonios que enfatizan la competencia entre el ferrocarril y el transporte terrestre hasta que finalmente este último lo desplazó totalmente. Es notable en el relato de todos los testimonios el impacto que sobre sus vidas y la región tuvo la clausura del ramal.

Son numerosos los temas que sugiere la lectura de estos testimonios. Es importante señalar que a partir del trabajo realizado en Trelew se constituirá un "Archivo Oral de la Palabra Patagónica" con el material grabado así como un "Archivo de la imagen ferroviaria" con el material gráfico. Estamos, sin duda, frente a una tarea de enorme importancia cultural. Nos parece funda-

mental pensar el pasado utilizando nuevos recursos, buscando nuevas fuentes que enriquezcan la posibilidad del análisis cualitativo y cuantitativo de nuestros procesos históricos. Es importante, entonces, el rescate de relatos autobiográficos, historias de vida que cargadas con toda la subjetividad de quien relata su existencia permiten conocer las experiencias que conforman la realidad presente. Lanzarse al campo para salvar esos testimonios y generar actividades que recreen las historias locales con el objetivo de evitar su pérdida nos parece el sentido más meritorio de esta actividad.

Pero, ¿qué hacer con este material? Sin duda nos enfrentamos a cuestiones de tipo metodológico sobre las que conviene reflexionar. Como lo señala Paul Thompson (*La voz del pasado. Historia Oral*, Valencia, Edic. Alfonso el Magnánim, 1987) la historia oral es la forma más nueva y más vieja de hacer historia. Heródoto, Tucídides y los cronistas medievales fundaron sus investigaciones sobre testimonios orales. Estos gozaron de menos favor a partir del siglo XIX, cuando con la historiografía positivista ganaron terreno los documentos escritos cuya existencia, y a través de ellos los hechos a que hacían referencia, podían ser verificados "objetivamente" por otros historiadores.

El desarrollo de otras disciplinas como la lingüística, la antropología y la semiología produjo una nueva valoración de las fuentes orales a partir de la Segunda Guerra Mundial. Gracias al advenimiento del grabador, que permite la reproducción exacta del discurso del actor, la fuente oral pasó a ser equiparable a la escrita en cuanto a la fidelidad de su registro. En particular, desde comienzos de la década de 1970, a uno y otro lado del Atlántico, un conjunto de investigadores consagraron el uso de esta técnica a través de las historias de vida, las aproximaciones biográficas, las entrevistas semidirigidas, etcétera.

El uso de las técnicas orales en la investigación histórica nos enfrenta a las características de las fuentes así obtenidas. Este material nos ofrece información corroborable con otros documentos de la época, testimonios de la historia de acontecimientos en el sentido tradicional del término. Pero la peculiaridad de la historia oral es que nos permite aprehender una historia más lenta, sin hechos sobresalientes, una historia de la vida cotidiana, de los hechos comunes, lo que posibilita una reconstrucción creíble y descriptiva de temas como el matrimonio, la pobreza, las migraciones, etc. Las técnicas orales permiten, entonces, nuevos enfoques y nuevas problemáticas. También la entrevista oral puede informarnos acerca de lo que otros han dicho y ha sido transmitido por la tradición oral, así como las distintas maneras en que funciona la memoria de un grupo. La historia oral permite recuperar la historia de los que tradicionalmente han sido marginados, y enfatiza la necesidad de construir historias de aquéllos a los que tradicionalmente se había creído "sin historia".

La historia oral se enfrenta hoy a nuevos problemas teóricos y metodológicos. Su práctica se lleva a cabo de diferentes maneras por investigadores inmersos en distintas tradiciones historiográficas. Sintéticamente, podemos decir que existen en este terreno dos corrientes muy definidas. Por un lado, quienes privilegian la producción de fuentes con el objeto de formar archivos orales y por otro lado quienes producen los documentos de historia oral en el contexto de investigaciones particulares y trabajan e interpretan esos docu-

mentos como lo harían con un documento escrito, salvando obviamente la especificidad de la fuente así obtenida.

En América Latina la historia como disciplina ha sido muy reacia a estas nuevas tendencias. La crítica a la "subjetividad", que indudablemente tñe el discurso oral, ha sido el centro de la discusión acerca de la utilidad de la historia oral. Este prejuicio se explica en parte por el hecho de que desde su creación en Estados Unidos se ha abusado de un cierto empirismo que supone que la entrevista refleja sin más el proceso histórico y es receptáculo de toda la verdad. Si, en cambio, la historia oral no se reduce a la construcción de fuentes, sería más correcto hablar del uso de fuentes orales en la investigación histórica, distinguiendo el proceso de producción de fuentes del uso de las mismas en la investigación.

En el caso de los libros que reseñamos se trata claramente de una edición de fuentes, obtenidas a través de las técnicas orales. Cabe hacer algunos comentarios acerca de los criterios de las ediciones. Se ha intentado respetar lo más posible la forma de expresión del entrevistado, lo que nos parece muy adecuado. Sin embargo, no parece obvio, a pesar de la opinión de las autoras del prólogo de *Los ferroviarios que perdimos el tren*, que sea conveniente no transcribir las preguntas que guiaron la entrevista. Tratándose de la creación de fuentes dejar afuera la voz del entrevistador o de quienes han guiado este proceso es mutilar precisamente uno de los polos del producto. Es necesario tener claro que si bien la riqueza principal de la fuente oral es el recuerdo de los protagonistas, también son valiosas las preguntas que guían el proceso de recuperación de la memoria. La fuente que se obtiene no es preexistente, sino que es precisamente el fruto de una relación humana, personal, entre quien pregunta y el informante. Que este intercambio esté presente en la fuente es entonces fundamental. El testimonio es sólo una fuente potencial hasta que el investigador le da existencia.

El criterio de transcripción de lo oral a lo escrito debe ser lo más riguroso posible. Tampoco parece adecuado solucionar puntos oscuros de las respuestas mediante la incorporación a las mismas de las preguntas del investigador, como parece haberse hecho en este caso. Si la fuente es confusa o incompleta quien luego eventualmente la utilice en el contexto de una investigación histórica deberá también incorporar esa dimensión. Caso contrario perderemos el sentido de trabajar con este tipo de material y la posibilidad de ver el mundo a través del prisma de los discursos de los testigos. Es necesario abandonar la actitud ingenua de creer en la transparencia del discurso del sujeto y evitar colarnos como "traductores" de sus discontinuidades y contradicciones.

Además de reflejar una actividad colectiva de gran importancia estos tres libros contribuirán, sin duda, a estimular un debate sobre las formas de recuperación de la memoria popular y de su relación con la investigación histórica.

DORA SCHWARZSTEIN
CEDES-UBA

Simon Collier, CARLOS GARDEL. SU VIDA, SU MÚSICA Y SU ÉPOCA, Buenos Aires, Sudamericana, Colección Historia y Cultura, 1988, 256 págs.

Aunque son muchos los aficionados a la historia que se complacen con la lectura de las biografías, no se trata de un género demasiado prestigioso o frecuentado. Una de las consecuencias de la renovación de la disciplina a partir de los años treinta y especialmente de los cincuenta fue el descrédito de la historia fáctico-política, que de la mano del positivismo y el idealismo había dado a luz importantes trabajos biográficos. En Argentina inclusive la tradición historiográfica se inicia con una excelente obra en cierto sentido biográfica, como es la *Historia de Belgrano* de B. Mitre. Pero la biografía histórica, perdió interés y quedó en manos de periodistas o historiadores aficionados, generalmente poco rigurosos, aunque a veces con éxito editorial.

Luego de su aproximación a la economía y la sociología, la historia reconoció la posibilidad y la necesidad de volver a plantear una nueva perspectiva política e incluso cultural acorde con los postulados de una ciencia moderna. Hoy en día los trabajos más renovadores surgen de este tipo de investigaciones. ¿Qué significado puede tener la biografía en este nuevo contexto? El libro de Collier, llegado desde un ambiente académico muy distinto al nuestro (el cual nunca descartó del todo la importancia de la biografía), es útil como componente de dicha discusión.

Además del interés y admiración personal de Collier por la figura de Gardel, es posible pensar que existe una importante influencia de esta renovación temática (que se desprende de otra teórica) en la elección de un personaje alejado de los habituales ambientes políticos o militares y vinculado al mundo de la cultura. Por otra parte la tradición de la biografía periodística que mantiene un especial interés por las figuras relevantes del espectáculo, puede aportar más datos sobre el porqué de esta elección.

La estructura del trabajo no deja dudas sobre la intención de Collier: cada uno de los nueve capítulos relata una etapa de la vida de Gardel, respetando un estricto orden cronológico y separando uno de otro según los grandes cambios de la vida del cantante. Sólo el quinto capítulo ofrece una modalidad distinta, pues en él Collier se dedica a analizar con más detalle ciertos aspectos que considera centrales de la personalidad de Gardel y de los contenidos del tango.

Cada capítulo recorre tres niveles de trabajo: el relato biográfico concreto, un análisis de la sociedad que lo rodea y, finalmente, la elaboración del mito. Divide la vida de Gardel en dos etapas cronológicas, totalmente diferenciadas. Por un lado la de los circuitos locales (en Buenos Aires provincia y ciudad) recorridos por un prometedor pero aún oscuro cantante de tonadas criollas y luego el éxito poco espectacular y redituable dentro del circuito local de radio y grabación. Pero sin duda la etapa clave de la vida de Gardel, la que define su triunfo y elabora su mito, es la siguiente. Pese a la repetida identidad entre Gardel y Buenos Aires es la proyección internacional la que lo transforma en ídolo indiscutible en su propio país, en Latinoamérica y en ciertas ciudades de Europa. Su muerte imprevista se produce en el momento mismo en que las

productoras cinematográficas de Norteamérica, específicamente la Paramount, resolvían lanzarlo al estrellato mundial.

Cuando Gardel inicia su carrera de cantor popular provoca el escándalo de su madre, la cual —símbolo de una época— sabe que esta carrera no depara a su hijo un futuro ascenso social. Con la vida de Gardel, Collier documenta el inicio y desarrollo de un cambio en esta tendencia. Los medios masivos de difusión (radio, discos y diario en primer lugar, luego el cine) hacen posible el surgimiento del ídolo artístico tanto en el plano local como, en ciertos casos, en el internacional.

La dimensión social del análisis resulta acotada a los distintos ambientes que Gardel atraviesa en su vida. En el texto desfilan, sólo con la extensión necesaria para el fin biográfico, características de la sociedad de Toulouse, de Barcelona, de la brillante París de los años veinte y treinta, de Nueva York y especialmente de la ciudad de Buenos Aires durante las dos primeras décadas del siglo. En este caso se analiza por ejemplo la vida de una inmigrante típica (la forma en que Berta Gardes se incorpora a la sociedad que la recibe) y los circuitos que recorren los jóvenes cantantes de música popular, que incluyen bares y cafés (la cultura de la noche), comités políticos, pequeños teatros y circos. Eventualmente ante algún golpe de suerte se puede acceder, como lo hacen Gardel y Razzano, a importantes teatros y hasta a algún estudio de grabación.

El análisis del mito sirve a Collier para deslindarlo de aquello que considera la vida real de Gardel. Encontramos así detallados análisis y argumentaciones sobre instancias polémicas de la misma, como su lugar de nacimiento, su relación con las mujeres o la política. Es en este último punto donde se desliza una de las pocas debilidades de argumentación cuando acepta sin crítica una afirmación de Jacinto Gaibur que se refiere a las inclinaciones “socializantes” de Gardel que llegarían, aunque Collier no lo cree probable, a la afiliación al Partido Socialista. Resulta realmente difícil vincular a esta figura típica de la “cultura de la noche” —bares, cabarets, caballos, alcohol y apuestas— con algo parecido a los postulados sobre la vida sana y ascética de los socialistas. Por lo demás el mismo Collier cita la relación estrecha de Gardel con políticos conservadores, que lo llevó en algún momento a cantar al golpe de 1930. Pero este punto menor no opaca la rigurosidad que Collier, como historiador profesional, despliega en su trabajo.

Sin embargo, el análisis del mito tiene un justificativo propio: se trata de pensar de qué manera la figura de Gardel encarna toda una serie de expectativas y sentimientos de los porteños. El mito del pasado criminal o marginal de Gardel se relaciona con el origen del tango mismo, una imagen que se elabora en el momento en que esa efímera cultura del compadrito orillero ya desaparecía frente al avance urbano. La figura del Gardel exitoso, el típico porteño que triunfa no sólo en su propio país, sino en París o Nueva York, encarna de esta manera el símbolo máximo del ascenso, de una forma sólo comparable tal vez, con la figura de Eva Perón y sus lujosos vestidos, codeándose con los estadistas y la nobleza europea. El sentimiento o la expectativa del ascenso es uno de los que cruza con más fuerza a esta sociedad porteña.

Collier evita en general profundizar cada uno de los problemas e

interrogantes que se le van presentando a lo largo de su trabajo. Sólo en contados casos intenta resolverlos, y sin demasiada profundidad. Esta actitud hace que se extraña cierto tono problematizador hacia el cual la historiografía se orienta hoy. Pero al mismo tiempo logra que el texto gane en coherencia y ritmo narrativos. En consecuencia si podemos afirmar que no nos encontramos ante un texto fundamental como para hacerlo aparecer, por ejemplo, en la bibliografía general de un curso de historia argentina, sí nos encontramos ante un trabajo de muy entretenida y fluida lectura. A lo largo del mismo logra probar
ras-
treando la vida, la sociedad y el mito, cómo "Carlos Gardel fue el hombre apropiado, en el lugar apropiado y en el momento apropiado"

LUCIANO DE PRIVITELIO

Juan Carlos Torre, *LA VIEJA GUARDIA SINDICAL. SOBRE LOS ORÍGENES DEL PERONISMO*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990, 269 páginas.

Finalmente, las sugerentes hipótesis de J. C. Torre sobre el rol de la vieja guardia sindical en los orígenes del peronismo aparecen concretadas en un libro largamente postergado. Atraso justificado por el autor en las páginas introductorias que resulta comprensible a la hora de mirar retrospectivamente las dificultades para la producción intelectual en el país durante los últimos quince años. Los resultados de esta investigación, conocidos fragmentaria y parcialmente entre 1974 y 1982,¹ constituyeron su tesis doctoral presentada en 1983 en la Ecole de Hautes Etudes de Paris bajo la supervisión de Alain Touraine y que, a partir de 1988, adquirieron la redacción definitiva del texto que hoy conocemos aunque limitada a la narración específicamente histórica del fenómeno.²

Con justicia dedicado a Celia Durruty, el texto reconoce contribuciones e influencias de las interpretaciones contrapuestas de Gino Germani y de Portantiero-Murmis³ pero también marca los límites de dichos aportes al especificar el contexto político y el clima de ideas que condicionaban tales interpretaciones. En ese sentido, el autor, si bien reclama cierta autonomía para su investigación, acepta que el marco histórico en que se desarrolló (1973-1982) era to-

¹ "La caída de Luis Gay", en: *Todo es Historia*, núm. 89, Buenos Aires, octubre de 1974; "La CGT y el 17 de octubre", en: *Todo es Historia*, núm. 105, Buenos Aires, febrero de 1974 y "Algunas reflexiones luego del estudio sobre los orígenes del peronismo", charla en el FEHESA, noviembre de 1982.

² A los efectos de lograr una versión fluida y comprensible a un público lector amplio, el autor desgajó el análisis sociológico y lo publicó independientemente. Véase: "Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo", en: *Desarrollo Económico*, núm. 112, vol. 28, enero/marzo de 1989.

³ En una reseña anterior sobre la compilación de J. C. Torre, *La formación del sindicalismo peronista*, Buenos Aires, Legasa, 1988, efectué una breve reseña sobre el debate en tomo de los orígenes del peronismo. Véase: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, núm. 2, 1er. semestre de 1990.

talmente diferente al de los trabajos anteriores pero también condicionaría sus preguntas. Es decir, el retorno del peronismo en 1973, la violencia posterior y la crisis institucional pesaron fuertemente en la elección del tema y en la naturaleza de los interrogantes.

Así, el trabajo intentará rescatar una dimensión olvidada, u ocultada, hasta entonces: el rol de la vieja guardia sindical y su intento frustrado de concretar un proyecto político obrero autónomo en el contexto del surgimiento de un Estado dispuesto a cooptar a los trabajadores e impregnado de un fuerte proceso de liderazgo. Y la temática elegida no está aislada de un estado de espíritu. "Forma parte de una preocupación relativa a las condiciones en las que es posible combinar un movimiento de reformas políticas y sociales con la preservación de un espacio pluralista y democrático" (p. 18). Ciertamente, esta preocupación no ha perdido vigencia durante estos últimos años signados por la debilidad de la democracia que, entre otros factores, reconoce la falta de una articulación sólida entre el sindicalismo, aún cautivo de las políticas y propuestas del Estado orientado por el peronismo, y una democracia fuerte y estable.

La importancia de la exhumación de la historia de la vieja guardia sindical no implica un ejercicio nostálgico de reivindicación de un proyecto independiente sino el intento de establecer la importancia de un elemento fundamental para comprender la compleja trama de la historia en que se conformó el peronismo y logró su acceso al poder.

La hipótesis central del libro apunta a señalar que entre el 17 de octubre de 1945 y la caída definitiva del laborismo en febrero de 1947, existió un proyecto autónomo en el seno del movimiento obrero orientado por un grupo de dirigentes sindicales con una importante tradición en la búsqueda de protección estatal. El movimiento sindical tomó particular impulso a partir de la jornada del 17 de octubre al sobredimensionar su propia participación en el mismo. Esta autoconfianza los llevó a disputar con el mismo Perón la ocupación del espacio simbólico que la movilización popular había abierto en la escena política. Para Torre, el problema de los dirigentes sindicales radicó en no comprender el verdadero carácter de una movilización de masas que se convirtió en una suerte de "exorcismo colectivo" destinado a romper los antiguos lazos que caucionaban sus lealtades y orientados a la búsqueda del diálogo directo con el liderazgo de Perón, quien primero desde su posición arbitral y luego apelando directamente a los trabajadores anuló y neutralizó no sólo la intermediación sindical sino también la pretendida independencia política del laborismo.

Para comprender este fenómeno el autor lo ubica en el contexto de un marco histórico más amplio y prolongado que el de sus artículos precedentes. De esta forma el nexo de la relación entre la formación del peronismo y el pasado inmediato permiten visualizar las condiciones históricas que lo hicieron posible y así como a lo largo del trabajo se remarca continuamente la idea de continuidad del proceso frente a las posturas clásicas que resaltan las rupturas, de ninguna manera se soslayan los elementos innovadores y novedosos del peronismo.

El libro está estructurado centralmente en torno a la relación entre el poder militar y la vieja guardia sindical desde el golpe de junio de 1943 hasta la derrota laborista de 1947. Pero Torre introdujo acertadamente un primer capítulo introductorio, basado en la extensa bibliografía existente, donde refiere el rol de los militares y el sindicalismo durante la década del treinta. Allí aparecen los elementos claves que configuran el perfil posterior del peronismo: la politización del ejército y los comienzos de su rol protagónico; la aparente contradicción entre regresión política y modernización económica; el fracaso del proyecto transformista de Ortiz; el golpe del 43 y la explicación del comienzo de la vinculación entre el Estado y los sindicatos de donde se rescata el abandono de la prescindencia política sindical y el compromiso inicial con la democracia.

El cuerpo central del libro está compuesto por seis capítulos que tienen una clara línea divisoria en los sucesos de octubre de 1945, cuando la ofensiva patronal contra la política social implementada desde la Secretaría de Trabajo redefinió el rol de la dirigencia sindical al comprometerla directamente con Perón.

En la primera parte el autor rechaza la visión clásica (Di Tella, Germani, Belloni) tendiente a ver en la propuesta de Perón "una sagaz oferta política del gobierno" para recalcar que se trataba de la respuesta a un clima de agitación social, reflejo no tanto de la realidad como de la imagen que los militares se hacían de ella. A partir de esta interpretación de la política de Perón el proceso de acercamiento del Estado a los sindicatos es analizado minuciosamente y coincidiendo con Horowitz resalta que la novedad de este proceso radicaba en el cambio de la política estatal pues los sindicatos arrastraban una tradición favorable a la negociación. Una vez más discute con Germani al negar la calificación de "masa manipulable" aplicada a la clase obrera y hecha extensiva a la dirigencia sindical. Por el contrario, Torre sostiene que ésta, beneficiada por el proceso de reformas sociales impulsado por Perón, adoptó una política oportunista y tendiente a la neutralidad política.

Como el mismo autor lo reconoce, hay un problema no resuelto en el texto y se refiere al papel del comunismo durante la primera etapa de este proceso. Tal vez sea cierto que Perón intentó cooptar a los cuadros sindicales comunistas pero parece arriesgado atribuir el fracaso a la intransigencia comunista. Es verdad que se opusieron frontalmente al gobierno interpretando que éstos pretendían encapsular a la clase obrera y convertirla en masa cautiva; también es verdad que el clima antifascista de la época los condujo hacia una rígida y poco matizada postura política. Pero no queda claro ni está suficientemente documentado el grado de la polémica interna del partido ni cuál era la verdadera intención de Perón en su intento integrador. El hecho más evidente fue, sin duda, la dura represión y aislamiento a que fueron sometidos.

El capítulo cuarto, "La crisis de octubre de 1945", funciona como eje estructurador del proceso de participación sindical en la formación del peronismo analizando detenidamente el rol desempeñado por los dirigentes gremiales en la movilización que desembocó en la jornada del 17 de octubre. Cuestiona la versión canónica que minimizaba la acción sindical para adjudicarle carácter fundacional al movimiento peronista y a Gino Germani que vio en estos suce-

sos un motín popular al margen de la acción de la vieja guardia sindical. Como contrapartida sostiene que el 17 de octubre no se produjo un acto totalmente espontáneo de las masas sino una acción mediada por los comités de huelga con la coordinación posterior de la cgr. En esta mediación le adjudica un papel central a la vieja guardia sindical que, paradójicamente, comenzó a transitar un camino político autónomo y, a la vez, subordinado al liderazgo de Perón.

La vocación independiente se plasmó en la fundación del Partido Laborista y resulta un verdadero hallazgo el análisis efectuado por Torre sobre los objetivos del nuevo partido, las similitudes y diferencias con el laborismo británico, la incorporación al frente electoral, su contradictoria lucha para adquirir autonomía política y la desconfianza hacia los aliados provenientes del radicalismo o el conservadorismo en quienes veían reencarnarse al régimen conservador. Paralelamente examina la desconfiada actitud de Perón ante la sorprendente autonomía de la vieja guardia sindical que hizo eclosión una vez obtenido el triunfo electoral. En ese momento se desencadenó una dura lucha dentro de la coalición peronista y Perón favoreció abiertamente a los adversarios del laborismo e incentivó las divisiones sindicales. Logrados estos objetivos el flamante presidente disolvió al Partido Laborista y avanzó sobre la cgr, último bastión del sindicalismo. En febrero de 1947 Luis Gay, el representante más característico del proyecto autónomo, era forzado a renunciar.

¿Cuál fue la influencia del laborismo después de su desaparición? Pese a su intrínseca debilidad Torre sostiene que contribuyó notablemente a configurar al peronismo. En primer lugar porque el Estado peronista quedó expuesto a la acción de los trabajadores sindicalizados limitando las políticas económicas del gobierno. Por otro lado el peronismo en lugar de convertirse en una conjunción corporativa equilibrada similar al PRI mexicano se transformó en un movimiento fuertemente desbalanceado por la presencia obrera y en el cual Perón debía relegitimar constantemente su liderazgo ante la clase obrera.

Indudablemente, esta fuerte presencia obrera en el peronismo debe, en buena medida, su significación a la acción política del laborismo que de esta forma subsistió a su fracaso político. "El laborismo, entonces, no habrá de diluirse en el peronismo y permanecerá en él como una tensión irreductible, que condicionará su gestión del Estado y su intervención en las luchas políticas" (p. 261).

Seguramente el libro de Juan Carlos Torre no significa el fin del debate en torno de los orígenes del peronismo pero cierra un ciclo personal y se convierte en una contribución definitiva e insoslayable de un tema siempre complejo y de resonancias tan actuales.

JUAN SURIANO

McGeagh, Robert, *RELACIONES ENTRE EL PODER POLÍTICO Y EL PODER ECLESIASTICO EN LA ARGENTINA*, Buenos Aires, Itinerarium, 1987, 242 páginas.

Si este estudio ha sido motivo de tanta discusión, hasta el punto de motivar varios comentarios, quiere decir que algún mérito tiene. Y el principal parecería ser, más que el valor del libro en sí, el argumento del que trata. Efectivamente, podría decirse que el tema de las relaciones entre el poder político y el poder eclesiástico es tabú en la historiografía argentina. La prueba de esto es el hecho de que el trabajo aquí comentado es una tesis de doctorado editada en Estados Unidos en 1974 y que a pesar de ello conserva parte de la novedad de un trabajo pionero —como también subraya Juan Carlos Zuretti en su prólogo. Sin embargo, dejando de lado estas consideraciones, es necesario aclarar que los defectos del libro prevalecen sobre sus méritos. De hecho, trabajar sobre un campo de estudio casi virgen no justifica de ninguna manera la ideologización extrema del análisis, ni una selección y utilización de las fuentes que sólo parece destinada a afirmar una tesis preestablecida, como así tampoco la insuficiencia del rigor metodológico.

A lo largo de toda la investigación, que cubre los años comprendidos entre 1943 y la llamada Revolución Argentina, el autor quiere acreditar en el catolicismo argentino la supremacía de una tradición democrática casi identificada con la Unión Cívica Radical. Catolicismo y radicalismo son analizados como naturalmente afines a partir de una caracterización sociológica de las más superficiales. El acervo radical y el catolicismo se funden entonces en la clase media argentina, y constituyen elementos propios de su identidad, sin ulteriores especificaciones. Este planteo ideológico le permite al autor dibujar un universo católico mayoritariamente liberal-democrático y “antitotalitario”, que se opone a Perón desde la misma campaña electoral de 1945 y durante la década abarcada por sus dos primeras presidencias. Las malas relaciones entre la Iglesia y el peronismo se habrían transformado en muy buenas durante los gobiernos “democráticos” posperonistas, cuando la Iglesia pudo volver a su tradicional “neutralismo político”.

Este análisis del catolicismo argentino no reconoce importantes cambios antes del advenimiento al poder de Perón. El mismo contenido liberal de la legislación del siglo pasado será poco a poco liberado de su interpretación antiliberal, en primer lugar por la acción moderadora y amistosa hacia la Iglesia de los gobiernos radicales. Las autoridades eclesiásticas habrían mantenido una actitud de prescindencia política hasta el momento en que el peronismo incursionara en sectores tales como la educación, la familia, o la moralidad pública, con el fin de sustraerlos de la influencia católica.

Todo este análisis carece de profundidad histórica. Al comenzar su investigación con el golpe de junio de 1943, McGeagh deja a un costado el espectacular crecimiento y transformación del catolicismo argentino en la década del treinta, que en sus comienzos vio el nacimiento de la Acción Católica, y que luego evidenció su nueva vitalidad en el histórico Congreso Eucarístico Internacional de 1934. De esta manera queda borrada del estudio la totalidad del

proyecto de recristianización de la sociedad que caracteriza al catolicismo argentino de aquella década. El pensamiento político católico se encontraba en aquel entonces dominado por una concepción esencialmente teocrática de la sociedad, así como por un fuerte revanchismo anti-liberal, mientras, a nivel político, ejercía una gran influencia el modelo corporativista europeo en sus distintas versiones. Finalmente, queda también silenciado el determinante aporte del catolicismo no sólo al crecimiento de una nueva conciencia nacionalista y una nueva sensibilidad social, sino también al movimiento que lleva a Perón al poder. Considerar al catolicismo y al peronismo como extraños entre sí, como hace McGeagh, lleva a explicar los contenidos doctrinarios católicos incluidos en el justicialismo únicamente como demagogia. Este desconocimiento fundamental es causa también del silencio del autor sobre la influencia que la Iglesia conserva en el medio sindical, fielmente peronista, y hace que su interpretación del surgimiento del Movimiento de Sacerdotes por el Tercer Mundo, con su postura favorable al Justicialismo, no reconozca ningún sustrato histórico de este fenómeno en el catolicismo argentino.

La investigación aparece además muy desequilibrada en la profundidad del tratamiento de las distintas épocas. La demostración de la oposición de la Iglesia frente a Perón es evidentemente la preocupación principal del autor, mientras que el análisis de los gobiernos que siguen a la Revolución Libertadora no pasa de ser un fallido intento de exceder la crónica, hasta llegar al estudio del movimiento de los sacerdotes tercermundistas, el segundo punto focal de su trabajo. Lamentablemente el interés por esta corriente del catolicismo deja en la sombra toda otra articulación del pensamiento católico en la década del sesenta. También desde un punto de vista metodológico, la unidad de referencia pasa a ser, sin mayores explicaciones, no ya el mundo católico en su globalidad sino una parte del mismo. Por otro lado ya hemos visto cómo le resulta inexplicable al autor la afiliación justicialista de los sacerdotes Tercer Mundo. O sea que mientras brinda un buen análisis de su nacimiento como consecuencia de la renovación católica en el Concilio Vaticano II, no aporta ninguna explicación de cómo esa renovación se inserta en el marco de la sociedad argentina.

En lo que se refiere a las fuentes consultadas, la investigación parece estar basada sobre buenos cimientos, a juzgar por las muchas referencias a diarios y periódicos, archivos privados e importantes entrevistas del autor. Pero, igualmente, resulta poco objetiva la utilización de las mismas. La fundamentación de la tesis sobre la oposición católica al peronismo, por ejemplo, está construida casi exclusivamente a partir de la lectura de dos diarios cordobeses, el católico *Los Principios* y *La Voz del Interior*, además del diario liberal *La Prensa*. La elección de Córdoba no parece ser casual si se tiene en cuenta la larga tradición radical de esta provincia y el hecho de que su obispo, monseñor Laffitte, fue el único obispo decididamente antiperonista desde un principio. Al mismo tiempo, las citas extraídas del diario católico porteño *El Pueblo*, cuya relación con la jerarquía era estrecha hasta el punto de ser considerado su voz oficiosa, no reflejan de ninguna manera la verdadera posición del diario, que se mantuvo durante largos años en una postura de acompañamiento con respecto a Perón.

Todavía más sorprendente resulta pensar que el autor pueda haber confirmado sus hipótesis a través de las memorias de las personalidades entrevistadas, las cuales manifestaron públicamente a menudo opiniones que no concuerdan con el análisis de McGeagh. Hay en el libro, además, páginas en las que McGeagh mismo, en su afán de demostrar el antitotalitarismo católico —que en su opinión es sinónimo de antiperonismo—, reúne en esa corriente revistas de sectores de la Iglesia opositoras a Perón a partir de posiciones a veces radicalmente distintas, incluyendo entre ellas las del padre Meiville, sin ningún parentesco con una supuesta tradición antitotalitaria.

Finalmente, decepciona cierta confusión metodológica. No se entiende claramente cuáles son los sujetos que se examinan. Si la jerarquía católica en cierta medida se autodefine, las organizaciones laicas del catolicismo quedan limitadas a una rápida alusión a la Acción Católica, lo que es en verdad muy pobre. Tampoco presta el autor atención a la presencia del pensamiento político católico en los partidos políticos, en los gremios y en las Fuerzas Armadas. Por el contrario, al “poder político” lo hace coincidir con el gobierno de turno. A lo largo de todo el libro, por otra parte, no se intenta ninguna explicación de la relación existente entre la jerarquía eclesiástica y las organizaciones católicas integradas por laicos, a pesar de que es a través de un análisis de estas organizaciones y de sus posiciones públicas como a menudo se logra una mejor comprensión de la influencia política de la misma jerarquía detrás del lenguaje doctrinario de las pastorales.

A manera de conclusión, y a pesar de tantas críticas, hay que reconocer cierta utilidad a esta obra. Esto es, su capacidad de hacer salir a flote todas estas cuestiones, aunque más no sea como reacción.

LORIS ZANATTA

FE DE ERRATAS DEL BOLETIN Nº 2

1. En la página 144 del artículo de Lyman Johnson donde dice “Esta fluctuación en el empleo que se observa ahora en el matadero y anteriormente en los registros de empleo del gobierno colonial está además confirmada por la lista de jornales de un proyecto de 1787 para construir una pared y un horno en un predio de propiedad jesuítica, que antes fuera administrado en la fecha por el cabildo, *Temporalidades*, y utilizado para proveer ingresos al gobierno de la ciudad”;¹⁴ debe leerse “Esta fluctuación en el empleo que observamos en el matadero y anteriormente en los registros de empleo del gobierno colonial está además confirmada por la lista de jornales de un proyecto de 1787 para construir una pared y un horno en una anterior propiedad jesuítica administrada por el Cabildo, *Temporalidades*, y utilizada para proveer ingresos al gobierno de la ciudad”.¹⁴

2. Omisión: el artículo de Lyman Johnson fue traducido al castellano por Carlota Romero.

**Este libro se terminó de imprimir
en los Talleres Gráficos LITODAR,
Viel 1444, Capital Federal
en el mes de mayo de 1991**